

Colección DIVA

Número 7 - Noviembre de 1998

*Dirección: Silvia Elena Tendlarz (stendlarz@pccp.com.ar)
Colaboraron en este número: Marcela Froideveaux, Carlos Gustavo Motta
y Patricia Schnaidman*

LA EPOPEYA DE LACAN

SEMINARIO DE POLÍTICA LACANIANA II

JACQUES-ALAIN MILLER

El presente texto es la segunda clase del Seminario mensual de Jacques-Alain Miller (Delegado General de la A.M.P.) sobre «Política lacaniana», dictado en el marco de la Sección Clínica de París el 7 de enero de 1998. Se tradujo en base al texto establecido por Catherine Bonningue. La primera clase - «Introducción a la política lacaniana» - fue publicada ya en la Colección Diva Nº 4 (set. de 1998).

Este seminario no es aún un verdadero seminario, ya que desde la última clase no me ocupé de invitar, de insistirles a algunos para que vengan y tomen la palabra. Espero poder hacerlo para nuestra tercera reunión.

Voy a intentar presentar en esta reunión dos preguntas, que son verdaderas preguntas, es decir, planteadas para aquellos que quisieran intentar responder por su cuenta, y, al mismo tiempo, considerar la estructura misma de lo que se trata.

Si tenemos tiempo, haré una investigación sobre un debate que podrá comenzar. Tengo una pequeña diversión que vendrá en tercer lugar. El punto 2 es ya una pequeña diversión.

Les recuerdo que la pretensión anunciada de estas reuniones es trabajar para extraer los principios de una política lacaniana, especialmente en el psicoanálisis, a partir de los datos de una historia que se presenta, desde cierto punto de vista, como una epopeya: la epopeya de Lacan.

En el psicoanálisis, esta epopeya se divide en dos partes que son muy diferentes, cuya cesura está marcada por la creación de la Escuela.

Conformidad y concesiones

¿Qué encontramos en la primera parte, en lo que concierne a las relaciones de Lacan con la institución psicoanalítica? En primer lugar, que de una manera regular, conforme, tomó sus grados en la institución psicoanalítica de su tiempo en Francia, la Sociedad Psicoanalítica de París. Franqueó las diferentes pruebas previstas, hasta llegar a ser nombrado titular de esta Sociedad en 1938. Fue un analizante, un analista conforme a la norma que prevaleció durante su formación.

Si tuviéramos que extraer un principio de este período, qué otro sería más que el de la conformidad con las normas vigentes, en el marco de una institución única en su época.

En este mismo período, encontramos la escisión de 1953, acerca de la cual les

recordé ciertos datos la última vez. El documento esencial, que testimonia acerca de la subjetividad de Lacan en esta historia, es la carta que cité ya, después de haberla encontrado y publicado, que escribió a su antiguo analista Loewenstein en el momento en que es consumada la escisión¹.

¿Cuál es el principio – si aparece uno – presentado por Lacan? Considera que por haber ido de concesión en concesión respecto de los analistas reunidos alrededor de su amigo Natch, no logró obtener más que la inversión de la situación, de la relación de fuerza, y considera que fue engañado, estafado, durante el período consecutivo. Tal como lo relata en detalle, se tiene la impresión de que era posible otra mayoría institucional y que, en definitiva, esta mayoría se perdió. Lacan, Lagache, Dolto, Favez se encontraron entre los titulares en posición minoritaria. Hay que agregar que sin duda queda detrás del peso de la institución internacional, que no jugó a favor de ese grupo. La última vez entré en detalles para manifestar que, en ese momento, podía parecer que sólo dependía de la variación de la posición de una persona influyente: la de la Princesa Bonaparte, amiga de la familia Freud.

Si tuviéramos que extraer un principio, que es apenas un principio de política, de sabiduría, sería: *No hacer concesiones hasta el punto de desorganizar a sus partidarios*. Es un poco corto. Hablando propiamente, no puede pasar por un principio de política lacaniana. Da la idea, verdaderamente, de alguien que en esa fecha no domina la situación de ninguna manera, mientras que, por otro lado, hay jugadores que saben lo que quieren y que, finalmente, detienen las cosas y obtienen la partida de un cierto número de sus colegas.

Después tenemos, en el mismo período, a Lacan como miembro eminente de la Sociedad francesa de Psicoanálisis. Este período está notablemente desprovisto de textos políticos. La estructura de la Sociedad es similar, en grandes líneas, a las sociedades de la IPA: sólo piensa en encontrar su lugar. Si miramos cómo esta Sociedad fue dirigida durante los diez años de su existencia, encontramos que cuatro o cinco personas permutan entre los cuatro o cinco lugares que hay a la cúspide de la institución – presidente, vicepresidente, secretario, tesorero -. Esto gira entre Lagache, Lacan, etc. Visiblemente es un funcionamiento que no parece interesar a

demasiada gente. Al final comienza a aparecer la generación siguiente – Leclair, etc. -, que ocupa posiciones de responsabilidad.

Si se buscan textos políticos de Lacan de este período, me parece que no se encuentran. Lo más político es la crítica que hace de la Sociedad que acaba de abandonar, en *Situación del psicoanálisis en 1956*². Este es el gran texto político de este período, que recordará en exergo en su proposición del pase.

En estos textos teóricos introduce una crítica a la institución internacional, que nos presenta incluso a Freud enfrentado con el problema institucional – Freud no llega a arreglárselas con el problema institucional y finalmente acepta como modelo de la institución analítica a la “Iglesia” y al “Ejército”, las dos grandes instituciones que analizó en *Psicología de las masas y análisis del yo* -. La tesis de Lacan es que Freud comenzó a interesarse verdaderamente en la psicología de las masas, en la identificación como fenómeno de masas, no sólo por razones históricas, el fascismo, etc., o por un interés de la época por los fenómenos de masa, sino también a partir de los fenómenos que constataba en la institución analítica. Tienen un eco de este punto de vista en el Seminario *La Transferencia*, en el que uno de los capítulos sobre la identificación es bastante explícito.

El gran texto político de este período, *Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956*, es ante todo - Lacan lo calificó así - una polémica y una sátira. Es una presentación satírica de los defectos y los impasses de la institución tradicional, que hoy en día tiene sobre todo un interés histórico, y que no comporta de manera evidente principios de acción en el psicoanálisis.

Para esta primera parte, me parece que nuestras fuentes se limitan a lo que acabo de decir.

La creación de la Escuela y sus instituciones

La segunda parte de la epopeya es totalmente diferente: comienza con lo que Lacan llamó su excomunió y la creación de la Escuela.

En el marco de la Escuela tenemos verdaderamente una posibilidad de despejar los principios de la política lacaniana. Incluso mucho más de lo que fue en la Sociedad que contribuyó a fundar, Lacan

es el fundador único. Está en una posición de responsabilidad institucional cuya amplitud es muy extensa, verdaderamente vasta. Allí tenemos la posibilidad de extraer sus principios de política lacaniana, si los hay.

¿Qué se debe considerar? Se debe considerar el concepto mismo de Escuela, así como el de las grandes instituciones de la Escuela, que son tres: el cartel, el pase, y también *Scilicet*, la revista de Lacan, que sitúo en el mismo grado institucional que los otros dos; y después, la forma de hacerlas funcionar, la manera de atrapar la cuestión del grupo.

Agregaré – pero es verdaderamente un suplemento – otras dos instituciones cuya creación es más tardía. La creación del cartel es contemporánea a la creación de la Escuela, e incluso, como se pudo decir en otros lugares, la Escuela al comienzo es en verdad sus carteles. La unidad cartel es miembro de la Escuela, ya que una ficción pretendería que se presente para adherirse un cartel más que miembros individuales. Digo una ficción porque prácticamente las personas se inscribieron una por una. La unidad de miembro era entonces más que el miembro individual este grupo de cinco llamado cartel. Esto es contemporáneo a la creación de la Escuela en 1964; el pase y *Scilicet* son de 1967. Para dar un poco de densidad a este emplazamiento cronológico, digamos 67-69, cuando la Proposición del pase es votada efectivamente por los miembros de la Escuela freudiana.

Es un período. En suplemento, y no en el mismo nivel, ciertamente se puede considerar la política de Lacan con relación al Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII, desde el anuncio de su creación en 1968-69, y lo que se llamó – hay que confesar que así fue llamado - su recuperación en manos de Lacan hacia fines de 1974. Aún al ser diferente a la Escuela, se instaló una dialéctica entre la Escuela y ese Departamento de Psicoanálisis, y podemos tratar de extraer algunas lecciones o principios. También pondré en ese suplemento, pero con toda reserva, la creación de la Fundación del Campo Freudiano por Lacan en 1979, concebido en esa fecha como un organismo de formación permanente – un significante que después fue utilizado para otros fines -. Este significante disponible sirvió, por una serie de circunstancias, para organizar una gran reunión en Caracas en América Latina, en 1980. Eso se ubicó bajo la égida

de la Fundación del Campo Freudiano porque este significante estaba ya disponible, y fue el comienzo de una serie, que aún continúa, de encuentros internacionales cada dos años, porque Lacan, en ese lugar, dio cita en París para 1982. Así, de una manera azarosa pero que tiene su lógica – que los propios actores de la época no parecían conocer -, ese significante fue deportado por una cierta metonimia, y se volvió el principio de lo que tomó la forma, hace unos años, de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Al principio, el propio Departamento de Psicoanálisis fue metonímico del Instituto del Campo freudiano y de la Fundación del Campo Freudiano, con los desplazamientos que se conocen.

Este período concluye con la disolución, e incluso con las dos disoluciones, la de 1980 y la de 1981, y con la muerte de Lacan. Este es el marco histórico reducido, una radiografía, a partir de la cual tendremos que reflexionar sobre la posibilidad de extraer principios de política lacaniana.

El pase desde el punto de vista institucional

Como centro de este período, me parece justificado, por la historia – no por la historia del tiempo - y por lo que ocurre hoy en día, tomar como primera pregunta – una verdadera pregunta que espero estructurar un poco y que entrego - la cuestión acerca del pase desde el punto de vista institucional más que desde el punto de vista clínico.

Tres años después de la creación de la Escuela, Lacan lleva su Proposición realizada a los miembros de la institución. Se llama Proposición porque no es impuesta, es propuesta a una discusión y a un voto, que será retardado sabiamente dadas las controversias, y que finalmente será favorable en 1969. Esta Proposición tiene por efecto no una escisión sino la partida de cierto número de personas importantes de la Escuela freudiana de París, en 1969, los que crearon el llamado Cuarto Grupo, y que después de algunos años solicitó su entrada en la Asociación Internacional. Según los últimos rumores, terminará por obtenerla pronto. Quiere decir que tendremos próximamente tres grupos de la Internacional en Francia.

Esta proposición tiene un efecto mayor sobre la institución – la historia de esta institución transcurre al compás del pase –

antes que nada por la dificultad de ponerla en práctica. Sólo comienza a funcionar varios años después, y aún en 1975-76 continúa suscitando importantes alborotos. Continúa siendo una apuesta. No hay duda que esta propiedad del pase de ser una apuesta, una apuesta prudente, una papa caliente, no lo abandonó, y continúa, aún hoy, es el objeto de debates y de problemas, de aplicaciones, e incluso de concepciones que constituyen un fermento de reflexión y de vivacidad en la Escuela actual que se reclama de Lacan.

Tengo que plantear una pregunta a propósito de los principios que están en juego en la invención institucional del pase. Eso dará forma a este Seminario para que algunos, si aceptan los datos de partida y el planteo del problema, aporten su contribución - porque está abierto a ciertas consideraciones, e incluso, a todas las consideraciones -.

La pregunta se apoya en la idea de que el pase introduce, en definitiva, una nueva definición del psicoanalista - que es verdaderamente *Psicoanalista 2* -. En la Escuela de la Causa Freudiana, tenemos la costumbre de distinguir ECF1 de ECF2. Aquí tenemos verdaderamente el psicoanalista 2, y hoy podremos reflexionar - treinta años más tarde - sobre la nueva definición de Lacan del psicoanalista, en 1967.

Para plantear mi pregunta es necesario que vuelva, pero de manera muy esquemática, sobre el montaje clínico del pase en la obra de Lacan y en *La proposición de 1967*.

Con el pase, Lacan cambia algo en el psicoanálisis; en principio porque plantea que hay fin de análisis. El pase consiste en decir qué es este fin, pero primero en decir que él es, que hay un fin de análisis, e incluso, para tomar la forma con la que está mal traducido, un *análisis perfectamente terminable*. Es una ruptura sensacional, osada, con *Análisis terminable e interminable*. Este texto fue hecho para decir que propiamente hablando no hay fin de análisis, e incluso para invitar a los analistas, recomendarles, atraer su atención en el interés que habría, cada cinco años, en proceder a un nuevo período de análisis, etc. Es romper con *Análisis terminable e interminable* y de una manera tan radical que, salvo error - releí el texto de Lacan cuando me di cuenta de ello -, *Análisis terminable e interminable* no es citado en *La proposición del pase*.

Una desidentificación fálica

¿Qué es este fin de análisis al que Lacan trató de calificar desde el principio de su enseñanza?

Si tomamos una parte, que llamaré clásica de su enseñanza - es una evocación muy breve -, lo situó, ante todo, a partir de la desidentificación al falo.

Esta teoría del fin de análisis se fundamentaba en cuatro principios, cuatro argumentos.

Primero, un argumento que concierne a la sexualidad femenina. La mujer es definida a través del *Penisneid*; es decir, el nombre de su deseo, que puede ser dado, es el deseo de falo.

Segundo, el niño es llamado a tomar su lugar respecto al *Penisneid*, con el recuerdo de la ecuación freudiana para la mujer de niño = falo; esto conduce a dar al sujeto el estatuto nativo de niño fálico. De alguna manera es una presunción: si se toma la cosa por el universal - *Todos somos niños fálicos* - algunos lo son más que otros.

Tercero, la metáfora paterna, resorte del Edipo, tiene un efecto desidentificante sobre el niño fálico. Separa al sujeto de esta identificación fálica.

Pero, cuarto - es lo que encontré para resumir -, sobre esta base el fin del análisis está centrado ante todo en la noción de que lleva a cabo la metáfora paterna. Su primer concepto es el fin de análisis como metáfora paterna con su efecto de desidentificación fálica, tal como lo precisa Lacan al final de su texto *La dirección de la cura*. Este efecto de desidentificación fálica, dado por Lacan como lo propio del final de análisis, incluso es el esperado de la metáfora paterna. Y la neurosis se presenta ante todo con su cara de incumplimiento de la metáfora paterna.

Tomo las cosas por este sesgo para subrayar - si es lo que finalmente orienta los enunciados de Lacan, porque, desde luego, no está dicho ni presentado así por él - que lo que lo orienta, lo que imana su concepción del fin de análisis es la metáfora paterna cumplida. Si se admite esto, lo que rige el fin de análisis, lo que aparece primero, operatorio, instituido incluso por el fin de análisis, es la posición del Otro, porque la metáfora paterna hace precisamente emerger el Otro como tal. Es un fin de análisis, si se lo concibe como metáfora paterna cumplida, instituyente del Otro.

Desvanecimiento del sujeto supuesto saber

Hay una segunda vertiente.

Mientras Lacan fue orientado por la metáfora paterna para teorizar el fin de análisis no hizo una doctrina del fin de análisis. Sólo la deslizó en conclusión de sus textos. Por el contrario, lo que se decía al principio de la Escuela freudiana de París era: *Todavía estamos esperando una teoría del fin de análisis*. Si bien se puede interpretar la dirección de Lacan en ese sentido, al mismo tiempo es en un sentido abierto, en trabajo, hasta que llega el punto de capitón que sitúa con *La proposición de 1967*.

Lo pone cuando toma la cuestión en una vertiente opuesta, completamente distinta del fin de análisis. Coloca el punto de capitón de su teoría del fin de análisis cuando la piensa no como desidentificación al falo, sino como – para emplear una expresión común hoy en día – la caída del objeto *a*. Ese es un fin que aparece basado en la relación pregenital y en algo completamente diferente a una identificación – porque la metáfora es siempre identificación -.

De todas formas, el precio de la desidentificación al falo es una identificación, si se la toma como metáfora paterna. Tanto para el niño como para la niña se trata, en la metáfora paterna, de una identificación diferida. Para el niño – es más o menos en estos términos que se expresa Lacan - es la promesa de ser más tarde como el padre. La metáfora consagra tener el título en el bolsillo para usarlo más tarde. Hay pues un elemento de identificación en la metáfora paterna. Y para la niña hay un cierto *como la madre más tarde*, para obtener, como ella, el falo a través del hombre.

No entraré en la cuestión clínica puesto que la cuestión institucional es la que nos ocupa, nos tira hacia adelante. Hay que considerar que cuando se toma el fin de análisis en la vertiente del objeto *a*, el mecanismo que está en juego es muy distinto, e incluso, es un mecanismo cuyo resultado es inverso. El de la metáfora paterna instituye un Otro y una identificación diferida, mientras que cuando se toma la cuestión en la vertiente del objeto *a* se pone en evidencia, por el contrario, el desfallecimiento y el desvanecimiento del sujeto supuesto saber. El Otro es reducido a esta ilusión necesaria del sujeto supuesto saber que se desvanece al final del análisis

y revela hasta qué punto no es esencial. Cuando se hace la teoría del análisis en la vertiente del objeto *a*, el fin del análisis toca a la autoridad para mostrarla desvanecida bajo los aspectos del sujeto supuesto saber.

Una inversión de signo

Dicho de otro modo, distinguí dos vertientes: la vertiente de la identificación al falo y la de la caída del objeto *a*. Tienen consecuencias completamente inversas con respecto al estatuto de la autoridad.

Si lo consideramos desde la primera perspectiva, es instituyente de la autoridad; la segunda es, al contrario, una perspectiva destituyente del sujeto y además del sujeto supuesto saber. Desde una vertiente, es un fin de análisis concebido como la institución del Otro por el sujeto; desde la otra, por el contrario, el Otro barrado se presenta en primer plano.

Este desplazamiento tradujo muy bien por sí mismo la evolución del tiempo. Finalmente, el modelo de fin de análisis propuesto por el pase, en todo caso, por la vertiente del objeto *a*, estuvo efectivamente en consonancia con la actitud subversiva, contestataria con respecto a la autoridad que prevalecía en los años 60-70. Al punto en que yo mismo, al participar de los debates de la época, hacia el 75-76, me burlé de los que llamé los *anarlistas*, los analistas haciendo las veces de los anarquistas. No hay ninguna duda que esta figura del *anarlista* está convocada por la vertiente del objeto *a* del fin del análisis.

Lacan propone una reconciliación entre estas dos vertientes de la siguiente manera. La *x* que se trata de resolver en el análisis tiene finalmente dos valores. Tiene el valor fálico de la castración, es el menos *phi*. También tiene el valor *a* del objeto que en la historia del análisis era el objeto pregenital. Es una fórmula de reconciliación entre estos dos aspectos. No digo que sea injustificada, pero de todas maneras es un señuelo, una máscara, de la trayectoria efectuada en la teorización del fin de análisis, mientras que verdaderamente hay un desplazamiento de acento, e incluso un cambio de signo en lo relativo al fin de análisis.

Entre el análisis como metáfora paterna consumada y el análisis como caída del objeto *a*, existe verdaderamente una inversión de signo. Ciertamente, una vez que se está en la segunda vertiente se puede volver a pensar la primera en

términos de la segunda. Esto es lo que hace Lacan. Pero esa tensión sigue presente.

Lacan propone su teoría del fin de análisis cuando elige la solución del lado del objeto *a*, y hay un aspecto de ventana falsa en el paralelo realizado entre *phi* y *a*. Esto es lo que retuvo la historia, y por el momento la historia somos nosotros.

¿Qué tuvimos? Es lo que denuncia el aspecto de ventana falsa de esta ecuación. Tuvimos el predominio, en el asunto del fin de análisis, del objeto *a*, e incluso, a medida que pasó el tiempo, cada vez más, porque la novedad, la innovación estaba ahí, y también la consonancia con el tiempo.

Esta solución del lado del objeto *a* va con un perjuicio causado al Otro reducido al sujeto supuesto saber, y un sujeto supuesto saber evanescente en el momento que surge - ¿qué diremos?- el secreto del goce del sujeto. Cuando surge ese secreto - se puede decir de esta manera, es un poco requerido por la continuación -, el sujeto supuesto saber se desvanece. En este desvanecimiento está ya la noción de que el Otro no existe, que es un supuesto. Cuando surge, se revela, se descubre el *a*, mientras que el *A* devela su carácter no esencial.

Una política radical y realista

Está completamente acentuado en el principio efectivo que Lacan formuló - un principio de política de Lacan -: *El analista sólo se autoriza a partir de él mismo*³. Lacan lanzó esta noción en el mundo con ese principio que es todo lo contrario del fin de análisis como metáfora paterna, en el que todo reposa en el hecho de recibir el título del Otro, y cuando no se recibió el título, y bien, eso hace mucho mal, tiene muchas consecuencias patológicas, etc. Aquí se trata de un fin de análisis en el que recibir el título se vuelve completamente problemático, está problematizado en sí mismo.

Por cierto, se alegaron moderaciones a este principio: *El psicoanalista sólo se autoriza a partir de él mismo, y de algunos otros, etc.* Es un principio insertado en una máquina institucional, inscrito en el frontón de la Escuela. No es supuestamente un principio que se pasee solo a través del mundo. Es un principio del que hay que ocuparse de su ejecución, de su aplicación. Esta es la tesis. Junto a ella está la hipótesis, como decía Monseñor Dupan-

loup. En la hipótesis existen acomodamientos que tenemos con la tesis.

La diferencia entre la tesis y la hipótesis de Monseñor Dupanloup es, por otra parte, un gran principio de política lacaniana; es decir, plantear los principios, aún los más radicales, y tener en cuenta realidades en la aplicación. Volveremos a ello al final.

No hay duda que la política lacaniana no es una política irrealista. Es radical y al mismo tiempo realista. Esto se ve. Tesis: *El analista sólo se autoriza a partir de él mismo*; hipótesis: *y de algunos otros*.

Este principio, *El analista sólo se autoriza a partir de él mismo*, es completamente impensable en la vertiente del fin de análisis como metáfora cumplida.

Estamos ahí en la juntura entre la clínica y la institución.

La caída del *a*, el desvanecimiento del sujeto supuesto saber y la emergencia de ese *él mismo* que se autoriza está ligado para Lacan, desde el punto de vista clínico, a lo que llama *una metamorfosis que sobreviene en el transcurso de la cura, en el que el partenaire se desvanece por no ser más que saber vano de un ser que se sustrae*. La palabra metamorfosis tiene ahí toda su fuerza, estamos en el punto en el que el Otro no existe, y tenemos también la figura de un partenaire faltante, esencial para soportar al partenaire-síntoma. El ser que se sustrae, es el ser del analizante que sufrió la metamorfosis, y de pronto, todo lo que pudo ser elaborado como saber es afectado por una cierta vanidad y restituye al sujeto ese saber en lo sucesivo inesencial. Es una manera de hacer presente, de describir el desvanecimiento del sujeto supuesto saber. Es decir: *Puedes guardar lo que sabes de mí, ya que ahora soy otro*.

En el pase notamos esta distancia entre el desinvertimiento o su investidura de otro modo y el saber que fue elaborado, puesto que supuestamente el sujeto no es más ya el mismo. Hay una cierta vanidad que afecta a toda la elaboración de saber.

Primero, la noción de metamorfosis. Segundo, la noción de que si esa posición, incluso ese modo de ser, se obtiene al fin del análisis, entonces no se puede ser analista a través de una investidura. No se puede ser analista por haber recibido el título, porque en cierta manera no hay nadie ya para dárselo.

La problemática del ser analista

La problemática del ser analista es una problemática que no surgió antes de Lacan. Lo que existía antes de Lacan era la problemática profesional del psicoanalista; mientras que en este abordaje que pasa a través del objeto *a*, la noción de una metamorfosis del sujeto, surge la noción del ser analista.

Eso supone que ser analista no es una cualidad, no es un título, es un modo de ser. De allí proviene la idea de que el ser analista es definido como que se obtiene a través de su experiencia como analizante y no por el hecho de que practique el psicoanálisis como psicoanalista.

Estamos habituados ahora - eso tiene algo sorprendente - a tomar al analista como el resultado de un análisis, verdaderamente como un modo de ser, un modo de falta en ser del sujeto. Esto es lo que hay de sorprendente en la frase de Lacan: *La terminación del psicoanálisis llamado en forma redundante didáctico es, en efecto, el paso del psicoanalizante al psicoanalista*⁴. Una revolución se lleva a cabo en esta frase, dada como una simple definición, puesto que Lacan suprime allí todo lo que era la mediación para volverse analista de su práctica como psicoanalista, que es sustraída de la definición de psicoanalista.

Esto es lo que llamo, porque no veo cómo llamarlo de otra manera, la nueva definición del psicoanalista, el psicoanalista definido independientemente de su práctica y de toda verificación de su práctica, independientemente de la existencia de su práctica y de la verificación de esta práctica. Mientras que la definición clásica del psicoanalista - la definición de buen sentido, con la que también estamos en relación - incluye, desde luego, eminentemente su práctica, su trabajo de exposición clínica, sus controles, su trabajo de escritura, incluso su actividad institucional, etc. Todo eso entró en la definición clásica, efectiva, del analista.

El psicoanalista 2, en el sentido de Lacan, es el psicoanalista que surge de su análisis, puede decirse de su *analizancia*, de su análisis en tanto que analizante. Esta es una definición que es necesario situar. Es radical a nivel de la tesis. También hay que considerar lo que es en la hipótesis, en el sentido de Dupanloup, es decir, lo que es en los hechos, y qué función juega efectivamente en - aún una tercera definición - la definición efectiva, práctica, del analista.

¿Qué es lo que de hecho recubre del psicoanalista, del psicoanalista efectivo? Esta definición presenta una cierta arbitrariedad. Lacan hubiera podido llamado de otra manera. Eso hubiera producido sin duda menos historias. Hubiera podido decir: *es el pasaje al estado de analizado*. Dado que acababa de dar su valor al analizante, se ofrecía simplemente a que se diga: *se trata allí de un sujeto analizado*. Es un paso más que llamar a este estado el psicoanalista como tal, con una definición separada del establecimiento profesional.

El escándalo institucional

Esto es lo que comporta la famosa separación, disyunción, entre la jerarquía y el *gradus*. Antes existían dos ejes distintos, el del análisis que se sigue hasta su fin o hasta el momento en el que lo detiene, en el que se está satisfecho, etc.; y existía otro eje, por otra parte, en el que se tiene un estatuto de alumno, se es admitido a los seminarios, a los controles, etc., y luego se encuentra en momentos diferentes afiliado, adherente, y por fin titular. Estas diferencias - el adherente, el afiliado, el titular -, era lo que había calcado la Escuela freudiana al hablar de miembros de la Escuela, de los A.M.E., y de los A.E., eso es ya antes del pase. A partir de 1964 Lacan volvió a copiar la jerarquía de la IPA con otros nombres adaptados a la Escuela.

1

afiliado	adherente	titular
miembro	A.M.E.	A.E.

En esa época, el pase no era para nada un escándalo clínico. No había tantas teorías del fin de análisis, y al menos la de Lacan tenía el mérito de existir y era más bien clara; de todas maneras, en los textos de Lacan *La proposición de 1967* tiene su articulación. Era difícil decir: *No, nosotros no lo conocemos*. Todo el mundo conoció rápidamente el fenómeno. Nadie se dejó aventajar en el plano clínico: *Pero sí. Es completamente así. Lo conozco, también encontré, etc.*

El verdadero escándalo fue institucional, es decir, desplazar el título de titular para instalarlo al fin del análisis, y tener así esta jerarquía mínima y truncada de miembro y del A.M.E.; mientras que el A.E., en lugar de ser la cumbre o el punto

terminal de la carrera, se encontró deportado, desplazado al final del análisis.

Es evidente que se podía hacer perfectamente de otra manera. La teoría del pase hubiera podido arreglarse sin dificultad para dejar tranquilamente aquí al A.E., y luego, inventar otro título para aquí, incluso super A.E.

1

M AME AE

Eso produjo un escándalo. A decir verdad, no fue lo único que lo produjo, puesto que también estaba la idea de que deber confiar el fin de su análisis a algunos pasadores podía ser peligroso como experiencia subjetiva. Esta provocación institucional consistía en colocar el título más elevado de la jerarquía al final del análisis, y cortar la jerarquía de esa cumbre, de esta culminación. No entro en estas cuestiones porque son muy conocidas. Ellos son los que dan testimonio. No hay que olvidar que al principio, Lacan deseaba que fueran ellos los que nombrasen. Quería que fueran el jurado. En ese alejamiento de Lacan con relación a su primer teoría, se toma la medida de su realismo institucional, a saber, que si bien no partió la diferencia, por lo menos retrocedió en la tesis para acomodarse a la hipótesis.

En la primera idea de Lacan los pasadores fueron convocados para nombrar, para tener un peso decisivo en la nominación, con el fin – como lo expliqué hace mucho tiempo en *El Banquete de los analistas* - de romper con toda práctica de cooptación. El principio de la cooptación consiste en que cuando piden el título superior deben ser examinados y recibidos por los que tienen ya ese título. Si opinan que ustedes se les parecen, los adoptan. Lacan tuvo que abandonar su primera idea a causa de la resistencia de sus alumnos, y nosotros no la abandonamos sino que simplemente la olvidamos. Si Lacan lo volviera a proponer hoy, no sé lo qué sería de ello. La idea de Lacan era que la nominación se haga para los de abajo, y que fueran ellos los que deleguen al pasante, que lo nombren para integrar la categoría de arriba. Es una delegación, si se quiere, una elección por abajo, mientras que el mecanismo de cooptación es fundamentalmente una elección por arriba. Que sean los que están en la parte inferior,

que todavía no están allí, los que puedan decir: *Aquél está allí*, y que eso sea el reconocimiento, no de un *como nosotros*, sino de un *más que nosotros, más adelante que nosotros*.

Preguntas planteadas

He aquí las preguntas que quisiera plantear.

Primero, ¿está justificada la nueva definición del psicoanalista de Lacan, si llegamos al punto de endurecer las cosas de esta manera? ¿Y en qué está justificada de llamar a aquél analista? En ese mismo primer punto, ¿cuál es el sentido que debe dársele a esta definición una vez que está dada, cuando se considera que al lado están los A.M.E., los analistas practicantes, etc.? No se puede decir que esta definición del psicoanalista sea única. ¿Cuál es entonces su sentido en el interior de esta configuración de conjunto?.

Segundo, ¿es coherente?.

Quisiera recordar que en *La proposición de 1967* Lacan distingue entre lo que existe ya en su Escuela y lo que quiere introducir de nuevo. Lo que es antiguo no es invalidado sino, por el contrario, validado en esta *Proposición*, y agrega mecanismos nuevos.

Ahora bien, entre lo que no es invalidado está la definición del A.E. tal como era entre el 64 y el 67. No la anula para nada. Por el contrario, la vuelve a formular y después propone el mecanismo del pase para la selección. Esta es una definición que en esa época no concernía al analista nombrado a través del pase sino al A.E. Lacan transfiere también esta definición a su nuevo A.E. Ahora bien, ¿cuál es esta definición? Eso es ya para el A.E. 1964-67, anterior al pase, al que se le imputa ser uno de aquellos que pueden testimoniar sobre los problemas cruciales en los puntos vivos en que se encuentran para el análisis, especialmente en tanto ellos mismos están en la tarea o al menos en la brecha de resolverlos.

¿En qué es coherente su definición? Porque es formidable que haya sujetos que estén en la brecha de resolver los problemas esenciales para el análisis, y cuya definición que surge del pase no implique que practiquen el psicoanálisis.

Tercero, en estas definiciones, que se trata de conciliar, todavía se encuentra ésta. Lacan subraya que el A.E. pide ser A.E., debe hacer una petición. Puede querer recibir la garantía de la Escuela – en

el sentido de la época, no es la comisión de la garantía -. Dice: *El que desde entonces sólo puede ir más allá*; este pedido de ser A.E. está habitado por una metonimia que lo empuja más allá de él mismo, *hasta volverse responsable del progreso de la Escuela, volverse psicoanalista de su experiencia misma*⁵.

El A.E. es a la vez el análisis acabado, verdaderamente terminado, es el sujeto que puede testimoniar sobre los problemas cruciales en los puntos vivos donde están para el análisis, especialmente que se encuentra en la tarea de resolverlos, y es el responsable del progreso de la Escuela.

En un momento existió una controversia acerca de la lectura de la frase siguiente: *volverse psicoanalista de su experiencia misma*. Seguramente resulta necesario escucharla como psicoanalista de la experiencia de la Escuela. No es psicoanalista de su experiencia propia. Es una cuestión controvertida, pero el punto de vista de Lacan es claro. Se puede tomar una posición analítica respecto del progreso de la Escuela. Incluso es lo supuestamente esperado.

Mi segunda pregunta es la siguiente. Al tomar en cuenta estos diferentes estratos de la definición, ¿la nueva definición del analista dada por Lacan es coherente? Y, ¿en qué lo es?

¿Quién debe ser el juez de la experiencia?

Tercero, ¿quién debe ser el juez de la experiencia del pase?.

No es precisado nada en *La proposición del 67* sobre la formación del jurado de este pase. Y por las mejores razones de mundo. Lacan quería dar un lugar preponderante a los pasadores, y después la solución institucional fue el resultado de la presión de los miembros, de las objeciones, etc. La fórmula que fue adoptada en la Escuela freudiana de París es, por otra parte, diferente a la que es adoptada en la Escuela de la Causa Freudiana. Y en otras Escuelas que forman parte de la Asociación Mundial de Psicoanálisis hay también una variedad bastante grande para la formación del jurado.

Tercera pregunta, ¿existe alguna manera de deducir a partir de la teoría del pase quién debe ser juez de la experiencia? Puede decirse que por el momento esa cuestión está abierta.

Incluso volví a encontrar cómo Lacan justificaba la formación del primer jurado. La formación del primer jurado del pase fue simple, consistió en la elección de ese jurado por la Asamblea. Es bastante sorprendente cómo lo introduce en una *Petición* presentada por la que era en esa fecha la comisión del pase, la comisión de garantía de esa fecha que hizo una *Petición dirigida a la Asamblea de la Escuela*, antes de su voto, el 25 de enero de 1969⁶. Existe un texto de ese jurado dado como texto de Jacques Lacan.

¿Cómo justifica el modo de elección? Recuerda primero todo el eco que ese público puede dar a las manifestaciones más demagógicas. Lacan designa en particular las objeciones diversas que encontró, sobre las cuales tendremos tal vez la ocasión de examinar el tenor. Será necesario, ciertamente, examinar el paquete de objeciones que fueron hechas a la dirección de la Escuela por Lacan. Dice: *Que se aplauda esta dimisión como un desafío, nos recuerda que la demagogia no sabría ser unilateral. También es necesario un público: esto prueba que no falta*⁷. He aquí como estigmatiza al público de la Escuela. Después de haber recordado la complacencia del público, incluso de los miembros de la Escuela, hacia la demagogia, dice: *Pero no impide que deba remitirse a él para dilucidar los méritos de los candidatos para un primer jurado. En ausencia, sí, en ausencia de toda práctica de un tal acceso que no depende de la balanza...*⁸. Y para explicar por qué no hay otra solución: *Es confiar, Lacan lo dijo - no hay otra solución más que la autocitación -, en el espíritu del psicoanálisis, que es necesario considerar poder manifestarse para ustedes, puesto que no se puede esperar en otra parte*⁹. Verdaderamente es como último recurso. Mientras que tenía una idea muy diferente del jurado – tenía la idea de un jurado mayoritariamente de pasadores -, es llevado a ceder ese poder a la asamblea de los miembros. Eso forma parte también de su principio de realismo, y se puede decir sin ilusión.

Este rasgo que Lacan señala, marcado desde el principio por la demagogia, en tanto que antiguo miembro de la EFP, me parece que fue mantenido valientemente a lo largo de la existencia de la EFP, mientras que el jurado del pase en la EFP estaba compuesto casi de una punta a otra por opositores o por reticentes a Lacan. El único partidario de Lacan, como se ve al

leer este texto, era él mismo. Él, al menos, dice: *Lacan lo dijo*.

Eso me permite entonces justificar, estructurar, poner en su lugar, mi tercera pregunta – ¿quién debe ser juez de la experiencia? -, al considerar que es algo dejado en blanco en *La proposición de 1967*, y sólo encontró soluciones improvisadas y mecánicas hasta entonces.

Acuerdo o desacuerdo con las normas de la comunidad

Es mi primer punto. Estas tres preguntas se refieren al pase. Como queda un pequeño cuarto de hora, no voy a entrar en el segundo ni en el tercero.

Para la segunda parte quisiera estructurar una pregunta que de hecho había propuesto ya en otro lugar, en la EOL, en las Jornadas de la Escuela argentina en noviembre pasado. Propuse la pregunta: *¿En qué se sienten de acuerdo con la comunidad analítica a la que pertenecen y en qué se sienten en desacuerdo con ella?*

Eso no apuntaba a las cuestiones anecdóticas. Apuntaba a la idea de que no hay comunidad sin norma, y que cada sujeto de la comunidad está dividido, cada sujeto se siente, por una parte, en conformidad con esta norma, y por otra parte, como se dice en español, en disconformidad – en francés, disidencia es demasiado fuerte - se siente en dificultades con esa norma. Están, evidentemente, los que sólo pueden existir en una comunidad muy de acuerdo con su norma, y después, hay un cierto número de personas que sólo pueden mantenerse en una comunidad a condición de sentirse en disconformidad con la norma de la comunidad. Hay que arreglarse en una comunidad a la vez con los que se sienten bien en la norma y con aquellos que se sienten menos bien en la norma.

Se les invitó a responder a un cierto número de colegas de allí a la pregunta: *¿Para usted, dónde tira eso y dónde, por el contrario, se sienten en sintonía?* Yo mismo fui invitado a responder. Respondí acerca de todos los puntos en los que no me siento para nada conforme con la norma de la comunidad a la que pertenezco, la ECF. Jorge Forbes, que está aquí, respondió igualmente a propósito de su conformidad, disconformidad, con la comunidad brasilera, como así también con la comunidad de la AMP, y algunos colegas

argentinos aceptaron los términos del problema y respondieron.

No veo por qué no podríamos abordar esta cuestión aquí. La cuestión es: ¿Dónde se ubica la norma? Resulta claro que Lacan mismo no se sentía muy en sintonía con la norma que llamaba demagógica de la Asamblea de miembros. Por eso los hizo votar de una manera muy precavida, y que si se mira de cerca aseguraba completamente el voto positivo de su *Proposición*.

Quisiera estructurar esta pregunta un poco más, pero prefiero interrumpirme aquí para dejar un poco de tiempo a la discusión, para que se comience a responder, o a decir que las preguntas están mal planteadas.

Respuesta a una pregunta de la asistencia

Todo el mundo se siente el menos-uno. Hay un momento en el que todos tienen relación con los otros y tienen a todos los otros encima, donde *todos hacen así, menos yo, y algunos otros*, como diría Lacan en la hipótesis.

Es ingenuo pensar que el momento de descontarse es un momento único de uno o de otro. Es un momento compartido. Se puede adherir más o menos a ese momento, identificarse a ese momento en el cual se descuenta con más o menos pasión o permanencia, y tanto más en la comunidad analítica, que es una comunidad ruselliana. Es la frase de Grouscho Marx: *No quisiera formar parte de un club que me aceptara como miembro*. La comunidad analítica, tal como se constituyó a partir de Lacan – y sin duda, no solamente ella, sino otras - está constituida por descontados. Es un poco la comunidad de aquellos que no tienen comunidad, como dice Blanchot en relación al *Acéfalo*¹⁰. Es la definición que se obtiene si se tiene como idea reguladora del miembro el resultado del análisis en el sentido de Lacan, a saber, los expulsados del Otro, aquellos que pasaron por la disolución del sujeto supuesto saber. Es una comunidad en la que el *Eros* es de un tipo especial, en la que el malestar es la cosa natural. En Buenos Aires, cuando cesé de ser recibido con un *hay un malestar*, comencé a inquietarme. Dije: *¿qué sucede?* Eso se perfila de diferentes maneras según la cultura local, pero me parece constante.

Traducción: Patricia Schnaidman
Revisión: Silvia Elena Tendlarz

Notas:

¹ J. Lacan, «Carta de Jacques Lacan a Rudolph Loewenstein» (14 de julio de 1953), *Escisión, excomuni3n, disoluci3n*. Buenos Aires: Manantial, 1987.

² J. Lacan, «Situaci3n del psicoan3lisis y formaci3n del psicoanalista en 1956», *Escritos*. Buenos Aires: Siglo Vientiuno, 1976.

³ J. Lacan, «Proposici3n del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», J. Lacan y otros, *Momentos cruciales de la experiencia anal3tica*, Buenos Aires: Manantial, 1987, p. 7.

⁴ Idem, p. 16.

⁵ Idem, p. 8.

⁶ J. Lacan, «Adresse du jury d'accueil 3 l'assembl3e avant son vote (le 25 janvier 1969)», *Scilicet* N3 2/3 (1970).

⁷ Idem, p. 50.

⁸ Idem.

⁹ Idem.

¹⁰ M. Blanchot, «La communaut3 d'Ac3phale», *La communaut3 inavouable*. Paris : Minuit, 1983, p. 28.